

LOS VASCOS Y LA CABALLERÍA VASCA DEL SIGLO V AL VIII

Recientemente han sido estudiados estos temas en obra de título más amplio, a la que difícilmente se iría a buscar información sobre la historia de nuestra tierra (1). Trata el autor de desvirtuar la tesis de Brunner, de que Carlos Martel, a raíz de la batalla de Poitiers (732) se viera obligado a tomar las tierras de las iglesias, para con ellas pagar a sus vasallos, y poder así ofrecer una caballería fuerte, indispensable para hacer frente a la caballería musulmana. Un antecedente de la caballería franca encuentra S. A. en la caballería de Aquitania, con la que tuvieron que luchar los mismos francos en el siglo VIII, y a esta —con la lombarda y la frisona— concede en conjunto más importancia que a la misma caballería árabe. Esta caballería aquitana o vasco aquitana, piensa S. A. que procede de la invasión de Aquitania por los vascos españoles a fines del siglo VI, pues estos vasco españoles, a quienes el autor identifica con demasiada ligereza con los iberos españoles «de cuyo tronco se habían desprendido», llevaron a Gascuña las costumbres hípicas y la táctica guerrera que tan bien conocemos por los autores romanos.

Un poco aventuradas encontramos todas estas afirmaciones: no nos imaginamos al vasco montañés combatiendo a caballo por los riscos pirenaicos; si el traje de vasco que nos describe el Astrónomo en el siglo VIII era con botas y espuelas ¿no lo habrían copiado los vascones de sus mismos vecinos los aquitanos?

Partiendo de la identidad de vascos e iberos —difícil de sostener hoy— justifica la continuación de las virtudes de la raza —del ibero que combate con Roma y de) vasco que lucha con los francos siglos después— por la analogía de ambiente y de medio. «Y es que la idiosincrasia de los pueblos, el fondo incoercible de su temperamento, de donde emergen sus tendencias y sus hábitos primarios, permanece casi inalterable a través de los más profundos cambios de los tiempos. Basta una chispa para alumbrar incendios no del todo extinguidos. En la historia basta la reproducción de situaciones, parejas de las ya atravesadas antes por un pueblo, para que se despierten sus viejas calidades, instintos, inclinaciones y costumbres. Y los vascos, cuando entraron en Galia, agonizando el siglo VI, desde la invasión de la península española por los bárbaros en 411, llevaban ya dos siglos viviendo en un ambiente parecido al de las luchas de los iberos contra Roma. Llevaban ya dos siglos sin sujetarse a ley alguna; dos siglos, combatiendo, a su capricho, con sus vecinos de origen ibero primitivo y con los godos, que sabían y solían, también, pelear sobre corceles».

Hace a este propósito un interesante resumen de la azarosa vida guerrera del pueblo vasco del siglo V al VII, que creemos de interés darlo a conocer.

(1) En torno a los orígenes del feudalismo, por Claudio Sánchez-Albornoz y Mendiña. Parte segunda. Los árabes y el régimen prefeudal carolingio. La caballería musulmana y la caballería franca en el siglo VIII, tomo III. Mendoza, 1942. Las alusiones recogidas en esta nota se hallan en las páginas 54 y siguientes, y especialmente en la nota 83.

No conocemos bien, dice, los comienzos de la actividad de los vascos en la época goda ni la extensión de sus movimientos, ni el área de su expansión en España, durante ella. Con los pobres datos que las misérrimas fuentes visigoas nos proporcionan, no es posible descubrir las causas del despertar del pueblo vasco en los siglos V y VI. Ni no ses dable adivinar las fuerzas que pudieron mover, en tales tiempos, a la gente vascona—cuya sumisión no había costado gran empeño a los romanos— a luchar, con fiereza, por su independencia contra los suevos y los godos; e incluso a atravesar las lindes de sus viejos territorios y a extenderse por las tierras limítrofes, a un lado y otro de los Montes Pirineos. Ocasión a tal cambio pudo darle, quizá, la anarquía que, en la zona occidental de la Tarraconense, siguió a la entrada de los barbaros en España. Libre tal provincia de la ocupación de suevos, vándalos y alanos, al desarticularse, probablemente, sin embargo, como consecuencia de la invasión, la organización militar y administrativa romana, especialmente en las tierras más alejadas del Mediterráneo, quedaron, tal vez, los pueblos que en ellas habitaban, ayunos, durante largos decenios, de las habituales fuerzas coactivas que los mantenían en obediencia a Roma. El primer resultado fué, quizá, el surgir o el multiplicarse de las bandas de *bagaudas*, que infestaron la Tarraconense durante el siglo V. Que fueran vascos tales *bagaudas* no puede afirmarse con certeza, pero sí sopecharse, y no sin razón, puesto que en sus fronteras se muestran, precisamente, ejerciendo sus brutales fechorías. Fueron vencidos por Asturus, dux utriusque militiae (Idacio, 128), enviado a España en 441. El poeta Merobaudes, yerno y sucesor de aquél, los venció de nuevo en 442, en tierra de los Aracellitanos (Idacio, 128), cuya capital, Araceili, se hallaba en los confines occidentales de Vasconia. Y años más tarde, en 449, otra vez aparecen en la historia (Idacio, 141), ésta asesinando al obispo de Tyriassone (Tarazona), junto a la raya meridional de los vascones.

A completar la anarquía en aue había caído aquella comarca debieron de contribuir las expediciones del rey suevo Rechiario: centra Vasconia, en febrero de este año (Idacio, 140), y centra Zaragoza y Lérida, en julio del mismo (Idacio, 142). Los *bagaudas* volvieron a devastar la provincia, quizá al socaire de esas expediciones, y en 455 hubo de combatirlos Federico, hermano del rey godo Teodorico (Idacio, 158). Y Rechiario invadió de nuevo aquellas tierras en 455, poco antes de su derrota junto al Orbigo, de su prisión y de su muerte (Idacio, 172-173). La desaparición en la zona occidental de la Tarraconense de todo resto de las fuerzas imperiales, acreditada por tales sucesos y, especialmente, por la intervención de Federico contra los *bagaudas*; la ruina, a la muerte de Rechiario, del poderoso reino suevo, que con frecuencia hacia llegar sus ejércitos hasta el valle del Ebro; y las guerras que durante algunos años mantuvieron los generales godos en Galicia, en la Lusitania y en la Bética, permitieron otra vez a los vascos vivir libres de todo yugo y aun de toda amenaza. Eurico los sometió a su imperio hacia el 481, conquistando Zaragoza y Pamplona (3. Isidoro, 34), pero los desastres de Alarico y Gesaleico, en las Galias, y las dificultades que acompañaren al reinado de Amalarico, debieron de facilitar, de nuevo, a los pueblos del valle alto del Ebro y del Pirineo Occidental el volver a

actuar a su albedrío, durante la primera mitad del siglo VI. La entrada de los francos hasta Zaragoza, en 541, reinando Teudis; el desastre del mismo delante de Ceuta, y las largas guerras civiles que en Andalucía acompañaron a los reinados de Teudiselo, Agila y Atanagildo, guerras que determinaron el establecimiento de los bizantinos en España, apartaron del Norte la atención y la autoridad de los godos, y solo Leovigildo volvió hacia ellos sus armas en 581 (Jucn de Biclara M. G. H., *Auct. Ant.* XI, pág. 216).

Durante siglo y medio, con raros intervalos, los vascos vivieron, pues, a su arbitrio, sin otra ley que su capricho. En esa época no solo combatieron con Asturio, Merobaudes, Rechiario, Federico, Eurico y Leovigildo, sino también, probablemente, con sus vecinos del N. O. En 456 todavía asoman al Cantábrico los várdulos, cuando sus costas, y las de los cántabros, fueron atacadas por las naves de los éruos (Idacio, 171); es decir, mediado el siglo V, todavía ocupaban los várdulos la zona donde los colocaron los autores clásicos. Pero en los comienzos de la Reconquista ya aparecen desplazados hacia Occidente y establecidos en las antiguas sedes de los autrigones (Crónica de *Alfonso III*. Ed. Villada, págs. 69 y 116), mientras los vascos ocupaban ya Alava. Ahora bien, solo podemos explicarnos estos cambios de residencia, suponiendo que, durante ese siglo y medio de libertad y de potencia de los vascos, más fuertes éstos que los pueblos habitantes en las provincias vascongadas y en los valles altos de Burgos, de la misma manera que después cruzaron los Pirineos y se establecieron en las Galias, extendiéndose hacia el N. O., vasconizaron aquellas tierras hispanas limítrofes.

He aquí como durante los siglos V y VI las vascones, invasores de Galia a fines de éste, pudieron volver, según S. A., a sus viejos usos guerreros, en sus múltiples contiendas con las últimas fuerzas de Roma en la Península, con los suevos, con los godos y con los pueblos vecinos de Occidente.